

Luis Muñoz

El agujero por el que me colé en la poesía fue Juan Ramón Jiménez. Leerlo en el colegio supuso una reversión de la vergüenza que a veces sentía porque me afectasen tantísimo las cosas pequeñas y porque le diera importancia a lo que para casi todo el mundo era insignificante. A la vez, activó en mí un mecanismo emocional con respecto a la capacidad de hacer, de actuar, del lenguaje. Con sus poemas al lado, o en mi cabeza, me parecía adquirir una dimensión de la realidad que estaba por debajo, o en una vía paralela y única, y que era capaz de cambiar, no solo la manera de referirse a las cosas, sino las propias cosas por el modo de referirse a ellas. Copiaba sus poemas en un cuaderno de tapas rojas, que compré en una papelería al lado de mi casa en Granada, con esa especie de pellizco aéreo que está dentro de los pasos de un nuevo camino.

De Juan Ramón Jiménez pasé a leer a Lorca. Lorca en Granada significaba un máximo de creación poética, como en otras muchas partes del mundo, pero, además, una herida que cruzaba de cabo a rabo la ciudad, vislumbrada prospectivamente por Machado en su famoso poema “El crimen fue en Granada”.

Para el adolescente homosexual que yo era, Lorca suponía también el primer autor a mi alcance en el que se batía abiertamente la lucha de una toma de palabra de carácter homosexual. Si la necesidad de adherir a Lorca como modelo poético y vital resultaba apremiante con la conciencia de que, en el mejor de los casos, mi admiración por él solo podría derivar en una serie de pobres imitaciones devenidas de lo que quería entender como identificaciones, las primeras lecturas que hice de su obra tendían a interrogar a cada uno de sus textos acerca de la expresión de su deseo, tratando de separar los nudos de tensión entre la posibilidad y la imposibilidad de decir. Esa tirantez, que me parecía y me parece consustancial a la escritura de la poesía, y que está en la base sustantiva del lenguaje poético, adquiría en este ámbito otro carácter, más social y más de recorrido y de realización personal, y otro anhelo. Pero, además, íntimamente fundido al hecho de la escritura, hacía que me preguntase cómo ser el creador de mi propia sexualidad, en sentido *foucaultiano*, tal y como Lorca, sin duda, lo había sido de la suya.

Un hecho decisivo de mi adolescencia es el contacto con los libros de mi abuelo paterno. Mi abuelo fue detenido en el verano de 1936, al comienzo de la guerra civil española, por la policía, acusado de tener libros de “rojos” y, por

Luis Muñoz

tanto, ser considerado “rojo”, cuando sus ideas políticas eran más bien centristas, y pasó los tres años de la guerra en la cárcel condenado a muerte. Una vez liberado, por la intermediación de varios amigos, vivió con orgullo su supervivencia y la supervivencia de los libros que tapizaban su estudio, en la casa de dos plantas, patio interior y jardín con níspero de la calle pintor Velázquez de Granada. Cuando murió mi abuela, vendió la casa y se compró un piso en el mismo edificio que el nuestro. Pasaba la mitad del tiempo en las islas Canarias con una de sus hijas y nos dejaba a mis hermanos y a mí la llave de su piso para que fuésemos a estudiar. Allí estaban los libros a mi pleno alcance. Entre ellos, la primera edición de *Canciones* de Lorca, publicada por Litoral o los tomos completos de los *Ensayos* de Unamuno, en la edición de la Residencia de Estudiantes. Contenían, claro, toda la complejidad y el frescor, como reciente, de sus textos, y los envolvía el aire de desafío y dignidad del lector que era mi abuelo. Un lector que se realizaba, que se hacía a sí mismo, leyendo y que no tenía aspiración literaria alguna, más allá de escribir preciosas cartas a sus amigos y familiares, de una expresividad mucho mayor de la que era capaz cuando hablaba.

En la Universidad de Granada, donde estudié, lo más importante que me ocurrió fueron las clases de un profesor, Juan Carlos Rodríguez, que encarnaba, a la vez, dos pasiones: la pasión por la historicidad radical de la literatura, y la pasión por la densidad de la forma, por el compromiso formal de los autores. Su primera frase en clase era también la primera frase de uno de sus libros, “La literatura no ha existido siempre”, y a partir de ahí, se producía una estimulante sucesión de preguntas sobre qué podía ser, entonces, la literatura y qué podíamos ser nosotros como lectores de literatura, seguidas por una cadena de etcéteras.

También en la universidad, gracias a una beca que obtuve como ayudante de la biblioteca de Románicas, empecé a leer a poetas italianos de las primeras décadas del siglo XX, en particular, Ungaretti, Montale y Quasimodo, que me mostraron una vía poética que, en cierto modo, podía conectar con Juan Ramón Jiménez, por el vínculo común con el simbolismo, pero que tenían, felizmente, sus propias dinámicas y mundos, y sus propios sistemas y procedimientos para electrizar verbalmente sin complacencia. Recuerdo haber leído lo que Ungaretti dice sobre lo que cuenta en el arte: “la paciencia, la tradición y, en realidad, el milagro”.

Luis Muñoz

Los poemas que escribo desde entonces, entienden la poesía como consecuencia de la paciencia, la tradición y el milagro. También como algo que está más allá de la seriedad, por utilizar los términos de Huizinga, desenvuelta “en un campo de juego del espíritu, en un mundo propio que el espíritu se crea”.

Al terminar mis estudios en Granada, trabajé durante casi tres años en Madrid como ayudante de Rafael Alberti. Me sentía una hormiga junto a un león blanco. Leer con él en voz alta y comentar lo que leíamos era un privilegio que me superaba. Yo admiraba cada cosa que él hacía o decía. Creo que Alberti era muy consciente en ese momento de estar al filo de su vida, y me hacía confesiones poéticas y personales que yo no sabía ubicar bien. Durante el primer año, antes de que se casase, yo dormía en un cuarto situado en frente del suyo. Por las mañanas, llegaba María Dolores, su asistente, y él le recitaba coplillas aragonesas para escandalizarla, todavía en la cama. Por las tardes, preparábamos sándwiches de salmón ahumado con queso y té de jazmín, mientras él trabajaba en sus artículos, en sus dibujos, preparaba sus recitales, respondía cartas o conversábamos sobre la conveniencia de este o tal viaje, de esta o aquella entrevista. Durante las entrevistas yo me sentaba cerca, fingiendo estar haciendo otra cosa, y jugaba en silencio a adivinar las respuestas. Acertaba con mucha frecuencia.

Los poetas de cualquier época que prefiero, conforman un almacén dinámico que va, no hacia la Antigüedad, sino hacia el futuro. Un almacén dinámico a partir del cual luchar contra lo que Terry Eagleton ha señalado como “la amenaza de desbaratar la sensibilidad verbal del mundo sin profundidad, mercantilizado e instantáneamente legible del capitalismo avanzado”.

De vuelta a Granada, dirigí el Aula de Literatura de la Universidad y una revista de poesía a la que llamé *Hélice*, queriendo evocar el fervor por el movimiento de las vanguardias históricas. Tras casi diez años, volví a Madrid donde empecé a trabajar en esta Residencia de Estudiantes en 2001, a raíz de la adquisición del archivo de Cernuda por parte de la Residencia. Tener en mis manos los manuscritos, los libros y los álbumes de fotografías de Cernuda, que había conservado en el único periodo de su vida donde eso le fue posible (luego, como es sabido no conservó nada, tenía solo el libro que estaba leyendo y rompía las cartas que recibía), hizo que me temblaran las manos. En muchas ocasiones, por el cuidado que había puesto en cada cosa mínima, en otras, por el rastro visual

Luis Muñoz

de la felicidad en su vida, tanto en las fotografías como en el primor de los manuscritos, en contradicción con la leyenda de aspereza y acritud, que él mismo contribuyó a fomentar.

Desde 2012 vivo gran parte del año en Iowa, donde soy profesor de la universidad. Iowa City es una comunidad de escritores perdida en el medio-oeste de Estados Unidos, rodeada de llanuras con plantaciones de maíz y soja, y granjas de madera, pero es, gracias a su densidad literaria, una ciudad “marginocéntrica”, por usar el término de Marcel Cornis-Pope y John Neubauer. Una ciudad que, por sus condiciones específicas, da lugar al establecimiento de una serie de conexiones estimulantes. Su aislamiento intensifica la transitividad, su lejanía anima formas intensas de proximidad sin dejar de sentir, avivándolos en un sentido fecundo, el desgaje de la soledad y la energía de la diferenciación. Allí se creó el primer programa de escritura del mundo, en los años 30, y allí se vienen congregando desde entonces numerosos escritores de distintos países. Entre los escritores de lengua española visitantes o profesores, figuran Borges, José Donoso, Juan Sánchez Peláez, Fernando del Paso, Carlos Germán Belli, Bárbara Jacobs, Augusto Monterroso y Óscar Hahn, entre otros muchos.

Ahora estoy escribiendo nuevos poemas, es decir sintiendo una mezcla de entusiasmo y de vértigo, de sentimiento de pérdida y de horizonte.

Tomasz Różycki

Unas palabras sobre mi vida como poeta

No sé dónde buscar el instante en el que surgió mi fascinación hacia la poesía. Probablemente fue muy pronto, durante mi infancia. Cuando era niño escuchaba recitar versos de Adam Mickiewicz, un poeta polaco romántico, a mi padre, que se los había aprendido de memoria en el colegio. Su manera de recitar, que no era teatral, pero que a mí me sonaba muy dramática, despertaba mi imaginación y me conmovía profundamente. Eran baladas románticas y a la vez sombrías, dramáticas y misteriosas, pero también grotescas, fantasiosas y divertidas. En mi imaginación llevo viviendo espectáculos inolvidables hasta ahora mismo.

En el colegio y en el instituto me sentía fascinado (un poco como todos) por la música rock, y como en aquella época en Polonia era bastante difícil encontrar grabaciones, tratar de entender la letra, a menudo incomprensible para mí, formaba parte de esta fascinación. Me imaginaba el sentido de las palabras, me sumergía en el ritmo y comenzaba a aprender otros idiomas. Leía muchos libros de aventuras y de historia, que era mi experiencia preferida. El instituto era para mi generación un periodo forzosamente poético: casi todos los chicos de mi clase escribían poemas y querían convertirse en estrellas de rock. Creo que las chicas también escribían, pero en aquel momento no estaba seguro. En aquella época me volvió la fascinación hacia la poesía polaca romántica; leía a muchos poetas malditos, a la generación perdida de los años 1960-1970 en Polonia, a los poetas disidentes, así como a los poetas malditos franceses: todo lo que estaba prohibido en aquel momento en Polonia debido a la censura comunista por razones políticas. La literatura polaca de los inmigrantes, los *samizdats*, era mi favorita, pues era mi acceso a lo extraño, libre, exótico y global, en el sentido de la libertad de pensamiento y expresión. El cierre de las fronteras y el régimen comunista polaco reforzaban el significado de las palabras de Rimbaud: “La verdadera vida está en otra parte”. También me fascinaba la vida de los cantautores, de los poetas vagabundos... imaginaba la poesía como una manera de vivir, no solamente como el acto de escribir poemas.

La poesía se convirtió para mí en un modo de huir de la realidad y de transportarme a otros lugares, no solo en lo imaginario, sino también como un modo de vivir la belleza de este mundo, de soñar con los viajes y los paisajes míticos e inspiradores. El Mediterráneo se convirtió en un horizonte ideal para mí, nunca visto en realidad, sino soñado.

Tomasz Różycki

Unas palabras sobre mi vida como poeta

Por otro lado, yo iba desarrollando mi mito familiar, que nunca concordaba con la propaganda del régimen: mi familia era de Lwów, una ciudad perdida durante la Segunda Guerra Mundial. Justo después de la guerra fueron deportados por los soviéticos de Lwów a Opole, una ciudad post-alemana. Otra parte de nuestra familia fue deportada en dirección opuesta, hacia el Gulag en Siberia. Así que mi familia perdió su querida y legendaria ciudad natal y fue trasladada hacia el oeste a una nueva ciudad absolutamente vacía en Silesia. Sus habitantes alemanes también sufrieron el mismo destino al final de la guerra, la deportación hacia el oeste. Por ello, toda nuestra existencia fue marcada por dos fenómenos: la pérdida de lo más querido (objetos familiares, ciudad, casa, paisaje, geografía) en Lwów y la adquisición de los bienes abandonados por una familia alemana desprovista de sus pertenencias. Hubo que apropiarse de una nueva topografía, de una arquitectura, de la vida de los objetos.

Mi imaginación siempre se ha nutrido de esta relación con las historias acerca de una existencia paradisiaca anterior a la catástrofe de la guerra; se ha nutrido de la visión de un país magnífico, terrorífico y bello, muy romántico, perdido junto a la juventud de mis padres y abuelos. Un país —yo lo sabía— que no existía nada más que en nuestra memoria, y nunca en la realidad. Todos mis libros se refieren a él constantemente, en ellos reivindico y redefino este mito, trato de deconstruir constantemente esta leyenda y esta narración.

Mi primera publicación fue un poema (muy ingenuo) que apareció a mis diecisiete años en la prensa regional, un semanario para los obreros de las minas de cobre en Silesia. Yo había oído hablar de un concurso literario para jóvenes en la radio, y recibí el premio, es decir, la publicación en prensa. Probablemente fue la primera vez que este diario para los mineros publicó poesía, y mi poema apareció en la sección en la que se encontraban los crucigramas, los chistes de la semana, el horóscopo, las viñetas satíricas y la crónica de sucesos.

Después de 1989, cuando Polonia se convirtió de nuevo en un país democrático, comencé mis estudios en Cracovia y, a pesar del enorme desarrollo de la prensa libre y del interés público por la nueva poesía en Polonia, solamente publiqué dos poemas en la prensa durante los siguientes años. He de decir que, en aquel periodo, mis sueños de ver el Mediterráneo se hicieron realidad por vez primera: obtuve mi primer pasaporte y viajé al extranjero. Primero a Praga y después a la Provenza para trabajar como temporero durante mis vacaciones. En

Tomasz Różycki

Unas palabras sobre mi vida como poeta

1997 apareció mi primer poemario, *Vaterland* —el título en alemán se correspondía con mi sentimiento profundo de no pertenecer a un país—. Este libro, que fue el resultado de un concurso de poesía en el que resulté ganador, me dio el reconocimiento nacional como joven poeta talentoso.

Dos años más tarde publiqué mi segundo libro de poesía, y creo que con cada libro posterior el reconocimiento ha ido creciendo. En 2000, siempre como poeta joven poco conocido, participé en Literaturexpress, un evento literario internacional que atravesaba Europa desde Lisboa hacia Moscú con cien escritores a bordo. Mi amigo el poeta Jacek Podsiadło y yo íbamos como representantes de la literatura polaca, y aquella experiencia tuvo una gran influencia en mi vida. Las amistades, las traducciones, las relaciones que comenzaban y que se volvían estrechas continuaban hasta hoy. De algún modo me he convertido en un poeta conocido también en el extranjero, en Europa. Finalmente, en 2004, mi largo poema épico, una pequeña epopeya en verso titulada "Las doce estaciones" ["Les Douze stations"], recibió un premio muy prestigioso para jóvenes escritores en Polonia. Fundado por una familia de aristócratas que emigraron a Suiza tras la guerra, el premio Kościelski siempre fue independiente, y la lista de los ganadores incluye todos los grandes nombres de la literatura polaca. El libro también se hizo muy célebre entre los lectores. Mi siguiente libro, *Colonias* [*Les Colonies*], tuvo muy buenas críticas, no solamente en Polonia, sino que también se tradujo al español, francés, neerlandés e inglés. Esta última traducción recibió el premio Northern California Poetry Award y fue nominado a los premios Griffin Poetry International Prize, Oxford Winefeld Prize y al premio de poesía en traducción del PEN-Club estadounidense. Todo esto es tan misterioso como los inicios de mi escritura: no sé de dónde viene ni a qué conduce.

Después publiqué una novela, un libro de ensayos y otros dos libros de poemas. Solamente escribo poemas medidos, con ritmo y rima. Mis libros de poemas funcionan como un todo, a menudo se componen de una serie de poemas vinculados por el tema, por un estribillo o por algunos motivos y/o por su forma: de soneto, de octava, de cuarteto. Soy un poeta viajero: viaje mucho y la poesía me ha proporcionado la posibilidad de conocer casi toda Europa, así como América, África y Asia. Y ahora estoy aquí, y me siento muy agradecido.

Traducción de Mercedes Cebrián